

CURRO

Aquella mañana, Curro se despertó temprano, remoloneó un poco en la cama, dio vueltas hacia un lado y hacia otro y tras escuchar al gallo cantar varias veces hasta desgañitarse, decidió que ya era hora de levantarse. Bajó a la cocina y maulló en el rellano de la escalera, pero nadie se movió en el piso de arriba, así que decidió asearse con esmero y atusarse cuidadosamente su largo pelo blanco y naranja.

En realidad, Curro era adoptado, había nacido lejos de allí, en la cálida costa andaluza, cerca de Cadiz, pero desde bien pequeño había vivido entre montañas y navas, en aquel paisaje verde y húmedo, y a esas alturas de su vida, ya prácticamente un gato mayor a punto de entrar en la senectud, se consideraba navalafonteño.

En el piso de arriba seguía sin oírse nada, así que se subió al sofá para mirar por la ventana y descubrió con sorpresa que esa noche había nevado y una fina capa blanca cubría todo: el suelo, los árboles, los tejados y las montañas. No le gustaban mucho ese tipo de días, se había hecho mayor y sentía cierta torpeza al saltar la valla de su casa, sobre todo si estaba húmeda. Pero los muros de piedra de la calleja, hechos a mano para delimitar prados y huertas, esos sí le gustaban. "Vaya que sí", pensó mientras se terminaba de chupar y rechupar una pata.

En Cádiz también había muros de piedra, pero no como aquellos. Había nacido en un campo cerca del mar y poco recordaba de aquello, excepto el sabor del pescaíto fresco y la vida en un campo de aguacates. Delimitaban aquella plantación un conjunto de muros poco cuidados, con las piedras caídas e inertes, entre las que sólo se escondían lagartijas y arañas. Fue allí donde unos humanos le atraparon, le metieron en una jaula y le llevaron a un lugar donde había muchas más jaulas con gatos y perros. Le dieron de comer y pasados unos días le dijeron que le habían adoptado. Él no sabía que significaba aquello, pero tras un largo viaje en furgoneta, llegó a Navalafuente, y aquello le pareció un sueño. Desde su casa sólo veía huertas, prados y muros de piedra llenos de posibilidades y aventura, grises y verdes por los líquenes y, a veces, cubiertos por una espesa vegetación. El paraíso para quien lo quisiera percibir.

Hacía ya muchos años de aquello y aunque algunos días le dolían los huesos, Curro no se resistía a escaparse de casa cuando sus humanos estaban despistados para darse un paseo y saludar a otros gatos que vivían por allí. Él era un gato cortés y poco territorial, además nunca había buscado problemas con gatas; aún recordaba que al poco de llegar de aquel viaje, sus humanos le llevaron al veterinario y después de hacerle "nosequé", ya no le volvieron a interesar esos temas. A él lo que de verdad le gustaba era ir a la huerta de Pascual, allí donde se escondían las mejores musarañas, las que comían las zanahorias y remolachas que al anciano tanto le costaba plantar. Pascual, al igual que él, había envejecido en estos lares, y se llevaba bien con los gatos. Le mantenían limpia la huerta y ayudaban a que los pajarillos silvestres no se comieran los higos tiernos que tanto le gustaban a su nieta.

Los mejores días eran cuando Pascual araba la huerta y removía los terrones de tierra. Curro sabía que la labor del campo ya se le hacía ardua al anciano y que no estaba lejano el momento en el que tendría de dejar de venir a esa huerta que tanta vida le daba, pero hasta que ese día llegara, quería seguir disfrutando de la compañía de aquel hortelano lleno de sabiduría. Cuando movía la tierra, lo hacía despacio, con maestría, dando pequeños golpes con su azada, lo justo para que pequeños topes y ratoncillos de campo salieran de sus surcos y correteaban entre la tierra, cegados por la luz. Entonces, Curro jugaba a ser Teniente General y perseguirlos para darles caza. Cuando atrapaba alguno, maullaba para llamar su

atención, y Pascual siempre le recompensaba con un "Bien hecho, chico" y le contaba alguna historia de cuando él era crío.

Se sacudió la nieve que se le acumulaba en el lomo y siguió andando por el muro un poco más allá, hacia donde estaban el lilo y el gallinero. Curro se llevaba bien con las gallinas, pero con el gallo había tenido algún escarceo del que no había salido muy bien parado, así que cuando entraba allí siempre se andaba con cuidado. El lilo se llenaba de flores en primavera, al igual que el enorme nogal que presidía aquella calleja, y los abejarucos, las currucas y los rabilargos hacían sus nidos en el frondoso follaje. Él no era un gato de cazar pájaros, sus humanos le daban suficiente comida y además, le daban un poco de miedo, especialmente las rapaces, que a veces sobrevolaban por encima de él lanzando amenazadores chillidos. En los otoñales días de sol, cuando el suelo se cubría por un manto de hojas y los días empezaban a ser más fríos, a Curro le gustaba subirse al techo del gallinero y observar el cielo. Un día incluso llegó a ver como un milano cazaba una culebrilla haciendo un magnífico vuelo en picado. Desde aquel día siempre admiró la elegancia y fortaleza de las grandes aves que poblaban el cielo de aquel pueblo. En comparación, él ya no era tan fuerte, pero seguía siendo un gato elegante.

Cuando era más joven le gustaba ir más allá, hacia la que llaman la Calleja Ancha, con su cacería que siempre llevaba agua fresca y sus vacas cascabeleando en los prados. Durante el verano, los fresnos y los chopos le ofrecían el cobijo ideal para, sin ser observado, poder ver a la gente del pueblo pasear con sus perros calleja abajo o coger moras entre conversaciones que él no lograba entender. Una vez, incluso llegó a un parque lleno de arena; hasta entonces nunca había ido tan lejos ni se había sentido tan audaz. Le recordó a su tierra natal, con esas interminables playas de arena tostada, pero sin el mar... Sólo fue una vez y ya no volvió. Lo que prometía ser una gloriosa aventura, no le gustó nada. A medida que caía la tarde, el parque se fue llenando de chiquillos que correteaban gritando y riéndose, y de jóvenes jugando a lanzarse un balón, y nada le daba más miedo en el mundo que aquello. Ni los zorros ni las ginetas, lo que realmente aterrorizaba al gato Curro eran los niños. Cuando le veían, tan suave y blanco, le corrían por aquellas callejas de muros de piedra, humanitos chiquitos que si le alcanzaban, le cogían en brazos y le acariciaban sin descanso a pesar de sus lastimeros esfuerzos por zafarse de esos pequeños brazos.

Hacia el otro lado, desde la ventana de la cocina, se veía el pueblo, Navalafuente, con sus casitas bajas, su iglesia y sus calles adoquinadas. Alguna vez lo había recorrido mientras seguía a sus humanos cuando iban a la compra, pero no era un paseo que le placiera, a él le gustaba más la tierra que el asfalto. Si Curro tuviese que elegir, preferiría ser un gato de campo, de los que cazan ratones y se esconden tras las jaras y las zarzas a dormir durante horas.

Un ruido en el piso de arriba le sacó de sus ensoñaciones. Tras maullar varias veces, esperó paciente a que sus humanos bajaran las escaleras y le echaran comida en su cacharrito. Bebió un sorbo de agua y sin que nadie se diera cuenta, se agazapó entre las cortinas del salón, en silencio, sigiloso. Al subir la persiana, vio de nuevo el blanco de la nieve que cubría el exterior, apenas caían unos copos pero el cielo amenazaba con una tormenta que llegaría en breve, haciendo que la nieve cayera con más fuerza. Curro sabía que era el momento de quedarse escondido, sin hacer ruido, con las pupilas dilatadas y todos los músculos en tensión. Durante unos segundos, la puerta se entreabre un hueco justo para que él salga corriendo; mientras su humano le llama alarmado. "¡Curro, no! ¡Ha nevado y te vas a empapar! ¡Ven aquí!". Pero él sabe que esta quizá sea la única ocasión que tenga de salir a la calle en todo el día y sin volver la vista atrás, sigue corriendo y salta la valla.

Minutos más tarde, cansado de que se le hundieran las patitas en la nieve, decidió sentarse debajo del lilo, en la suavidad blanca que le ofrecía el muro de piedra. Los gorriones

y petirrojos, descarados, picoteaban el suelo cerca de él buscando algo que llevarse al pico, cuando Pascual viniera a abrir el gallinero, se colarían allí en busca de cobijo y granos de trigo. Las desnudas ramas del lilo, sin una sola hoja, se movían con el aire y hacían que a Curro le cayeran pequeñas bolitas de nieve en la cabeza. El familiar olor a humo fresco le dio la certeza de que los habitantes de Navalafuente estaban encendiendo la lumbre de sus hogares.

Saltó de nuevo la valla, ya de regreso de su furtiva escapada, y mientras atravesaba el patio, vio dos cigüeñas cruzar el cielo. Hacía unos días que Pascual le había dicho que se acercaba el día de San Blas y que si veía cigüeñas en estas fechas es que la primavera no tardaría mucho en llegar. Sacudiéndose el frío, rascó con las patitas húmedas el cristal de la puerta del salón mientras bostezaba soltando un agudo maullido. Cuando le abrieron la puerta, corrió a enroscarse en la alfombra, frente al calor de la chimenea. Mientras el fuego le reconfortaba sus huesos antiguos, pensó en Pascual, en la incipiente primavera que no tardaría en abrir las flores de los prunos y en su calleja, hecha de muros de piedra que contaban historias en silencio a quien las quisiera escuchar. "Navalafuente, - pensó mientras se quedaba dormido- un lujo de pueblo".

Carmen Molas

